

El emisario de Jehová, en aquellas horas llenas de zozobras y disturbios, fue Oseas, hijo de Beerí, que en lenguaje, ideas e imágenes parece hermano de Amós. Aún no se había creado la gran sonoridad declamatoria. Oseas tiene poco ritmo; representa la áspera discusión de un hombre del pueblo que no retrocede ante las pequeñeces ni las imágenes incongruentes. El acento de la pasión, que sólo tiende a conmover, nunca se expresó más penetrante y brevemente.

Asiria y Egipto eran lo que más preocupaba a Oseas. Ya era tan fuerte la opresión asiria, que el vidente predica el cautiverio de ambos reinos hebreos, y anuncia que el pueblo huirá a Egipto, como efectivamente ocurrió ciento setenta y cinco años después, tomada ya Jerusalén. La división entre ambos reinos pareció a Oseas el peor mal, pero remediable todavía, que podría hacer cesar un nuevo David.

Según parece, Oseas era efraimita, y superior a los prejuicios de ambos partidos. Cierta afición a la legitimidad le impulsaba hacia Judá. No admite más que al rey davídico, pero su patriotismo es israelita en el sentido más amplio. Lo que pierde, según él, al reino del Norte es la anarquía. La dinastía de Jehú ha desaparecido y ninguno de los que se pelean por sus despojos puede reemplazarle. Samaria prueba todas las alianzas extranjeras; pasa de Egipto a Asiria y de Asiria a Egipto, ofreciendo regalos a uno y a otra. Este modo de coquetear sucesivamente con las naciones acabará mal como todas las intrigas amorosas y relaciones prohibidas.

El severo censor, resuelto a pintarlo todo con negros colores, no ve a su alrededor más que corrupción religiosa. Los sacerdotes han abandonado el culto de Jehová y no procuran más que enriquecerse con las ofrendas. Viven de los pecados del pueblo; el rey y los jefes se burlan de la piedad. Hasta algunos profetas prevarican. La idolatría y la soberbia reinan en todas partes.

Oseas era un jehovahísta totalmente puro. Aborrecía las representaciones figuradas y los dioses hechos por la mano de los hombres. Su Jehová no tiene ya aquellas iras irreflexivas que le hacían destruir a la humanidad con el diluvio, y a Sodoma con el fuego, para arrepentirse después. El Jehová de Oseas sólo se encoleriza por motivos razonables. Por esencia es fiel, paciente y pronto a perdonar. La mitología ha muerto. La teología de Israel va tomando perfecta corrección.

Por consiguiente, nada añadió a Oseas el profetismo anterior. No hizo más que repetir en estilo más correcto lo que el profeta efraimita había dicho con cierta tosquedad. El genio de Israel producía en silencio estas obras que habían de asombrar al porvenir. El jehovahismo, desde la primera mitad del siglo VIII, era una religión completa, la más perfecta hasta entonces y apenas superada después. La moral entró de lleno en la religión. Según las ideas dominantes, para ser el hombre de Jehová, lo primero era ser hombre de bien.